

Fray Ramón Roxas de Jesús María

Nuestro último Fraile conquistador.

Julio Ycaza Tijerino.

La historia del catolicismo centroamericano está todavía por escribir. Y ello es sinceramente deplorable. "Los centroamericanos, especialmente los de la escuela liberal, —dice el Dr. Agustín Tijerino Rojas— nos hemos preocupado sólo de dar a conocer a los "héroes" de la espada y del machete; en cambio nada o casi nada sabemos de estos verdaderos conquistadores del espíritu". Y añade: "Si nuestro pueblo ignora tantas cosas es porque no ha habido quien se las muestre, se las lleve a las manos y a los ojos. Dichosamente los tiempos han cambiado en forma ventajosa para la labor indicada, y si algo falta, es un programa de acción bien planeado y ejecutado sin pereza ni vacilación". Y el mismo Dr. Tijerino ha puesto manos a la obra desenterrando la historia de uno de estos pioneros del catolicismo centroamericano, del franciscano guatemalteco Fray Ramón Rojas de Jesús María, que escribiera hace algún tiempo el ilustre literato e historiador nicaragüense Dr. Julio Ycaza Tijerino, y remitiéndonosla para su publicación, al objeto de ir reparando la injusticia que se ha cometido con estas figuras señeras de la Religión y de la Patria centroamericana.

Autorizados por su autor, presentamos a nuestros lectores a continuación dicho escrito que demuestra con un ejemplo más cómo los centroamericanos supieron luchar con denuedo en la conservación y extensión de la obra civilizadora del cristianismo en tierras centroamericanas.

... "imploramos tu patrocinio, para que por tu santa intercesión, el Señor nos libre del mal que adolecemos, de las guerras, de la orfandad y del llanto en que nos hallamos tristemente consternados, conociendo como conocemos, que es un justo castigo de nuestra prevaricación; acudimos, pues, a tí, Padre Santo Fray Ramón Rojas de Guatemala, para que, compadecido de las tribulaciones y peligros que nos cercan, intercedas con Dios logrando no se apaguen en nosotros las luces de la fe, nos conserve y bendiga, para que le amemos en el tiempo y en la eternidad. Amén. — (De una oración popular peruana).

RASGOS NEUROTICOS....

site menos psiquiatras. Donde los hombres normales sepan resolver sus problemas como los han resuelto siempre, humanamente. Y donde los médicos consideren a nuestros enfermos como lo debemos hacer siempre, humanamente, muy humanamente. Y el resto es, como decía Hamlet, silencio. Silencio que ahogue la morbosa algarabía de una sociedad tan dinámica que sin darse cuenta cae en las redes de una forma neurótica de vivir.

* * *

NOTA:—Estas páginas del Dr. Juan José López Ibor reproducen un capítulo de su libro "Rasgos neuróticos del mundo contemporáneo", en el que el ilustre Catedrático de Psiquiatría de la Universidad de Madrid hunde su delicado bisturí en las entrañas de la sociedad actual que yace agobiada por el peso de esta verdadera epidemia, para hallar sus causas y dar su diag-

nóstico. Hace unos meses que visitó nuestra América el Dr. Juan Antonio Vallejo Nájera, dictando una serie de interesantísimas conferencias sobre problemas psiquiátricos. Ambos doctores son considerados hoy día como indiscutidos maestros, que gozan de parigual autoridad y fama mundiales en esta importante rama del saber humano.

Rasgos neuróticos de nuestro tiempo.—El hombre en busca de sus entrañas.—Freud, sus saltos y paradojas.—Estructura de la neurosis y libertad.—La "neurotización" del enfermo en el mundo contemporáneo. Las enfermedades de la mente en la vida de hoy.—Los lunáticos.—Pintura de "locos".—Solana, existencialista carpetovetónico.—El lenguaje subterráneo.—Crimen y castigo.—Arquitectura y estilo de vida.—He aquí los capítulos de "Rasgos neuróticos del mundo contemporáneo". Madrid. 1964. Ediciones Cultura Hispánica. Precio: Pts. 150.00.

Fué en las postrimerías del Siglo XVIII y en los comienzos del XIX cuando floreció en tierras centroamericanas —maravillosa flor de sabiduría y santidad— Fray Ramón Roxas de Jesús María. Cuando trescientos años de paz se perdían en la Historia y para la Historia, y América se lanzaba a la vorágine de las revoluciones. En esos años rojinegros en que el jacobinismo destructor comenzaba a ensañarse violento entre una tradición de siglos, Fray Ramón Roxas de Jesús María se alza en el hito que separa dos contrapuestas épocas históricas como la encarnación de aquella España medieval de América. Fue su último precioso fruto y a la vez su resumen, como si al morir aquella época gloriosa, hubiera querido fundirse en un solo hombre, plasmando en él su propia estatua viva.

Fray Ramón Roxas de Jesús María fue en el siglo XVIII un fraile del quinientos. Fue misionero. Y el misionero fue conquistador, en una época en que ya no había conquistadores. Misionero como Fray Antonio Margil de Jesús. Conquistador, fundador de ciudades, como Francisco Hernández de Córdoba. El construyó las últimas iglesias, que el jacobinismo se encargaría de saquear. El fundó las últimas ciudades, que las revoluciones se encargarían de quemar. Fue el último misionero y conquistador. Después vendrían los antimisioneros y anticonquistadores. Y éstos necesariamente tendrían que expulsar de Centro América al último misionero y conquistador centroamericano. Fray Ramón de Roxas de Jesús María, santo y sabio centroamericano, constructor de iglesias y hospitales, fundador de escuelas y de ciudades, no existe para el honor, ni para la gloria, ni para el recuerdo de Centro América. Los bronceos y los mármoles son para los héroes de “encanalladas revoluciones”, que dice el verso de Darío. No son para el sabio ni para el santo; son para los brutos de espada sangrienta. No para el constructor y fundador, sino para sus seguidores, para los destructores y des pobladores. Para los que hicieron de Centro América, como antes, “una tierra poblada pero sin pueblos”.

Su origen y primeros años.

Fray Ramón Roxas de Jesús María nació en Centro América. Su patria fue Centro América. El hecho de que en el Perú todos sus contemporáneos lo creyeron nacido en León de Nicaragua, demuestra que él nunca se ocupó de decir lo contrario y que para él su patria era la patria centroamericana. La leyenda puesta al pie del retrato suyo que se conserva en el Convento de Descalzos de Lima, dice que fue natural de “León de Nicaragua”. Así lo afirman sus biógrafos y se lee también en algunas de las elegías del homenaje póstumo que le tributaron los profesores y estudiantes de Ica (Perú).

En los propios escritos de Fray Ramón no existe indicio alguno sobre el lugar de su nacimiento. Y aunque en el Perú lo rebautizaron con el nombre de **Padre Guatemala**, este nombre aludía más bien a su origen centroamericano, pues Centro América era conocida entonces como la Capitanía General de Guatemala, y no al lugar preciso de su nacimiento, como lo demuestra el hecho de que todos lo creían natural de León de la provincia de Nicaragua. Y en la carta que dirigió a Morazán desde Acajutla, cuando éste le expulsó de Centro América, dice el Padre Rojas: “En usted que hace cabeza, me despido de toda mi amada patria, Centro América”.

No fue sino hasta el año 1934 que se supo con certeza el lugar en que vio la luz este gran centroamericano, al descubrirse en la catedral de Quezaltenango el acta de bautismo de Dn. Jph. Reimundo, hijo legítimo de Dn. Lasaro Rojas y de Da. Phelipa Morales, nacido el seis de septiembre del año de mil setecientos setenta y cinco.

De la niñez y juventud de Fray Ramón nada sabemos. Fue su hermano, el sacerdote Doctor José Ventura Rojas, quien lo atrajo a la carrera eclesiástica. A la edad de dieciocho años ingresó en el Colegio de Cristo Crucificado de Misioneros de Guatemala, donde tomó el hábito franciscano, y después de hacer su noviciado, profesó solemnemente.

Entonces comienza la vida apostólica y milagrera de Fray Ramón Roxas de Jesús María.

Los retratos que se conservan de él nos presentan un rostro pálido y delgado, rostro de asceta en el que se destacan los ojos vivos y brillantes que sus biógrafos nos dicen eran de un azul gris acerado.

Su penitencia.

Era Fray Ramón hombre de cilicio y de disciplina. Infligía a su carne tremendos, castigos de los que le resultaban grandes llagas dolorosísimas. No daba paz a su cuerpo. Asentaba sus plantas desnudas sobre agudos clavos o se colgaba de las filosas argollas de una cruz de algarrobo, que aún se conserva en el convento de Jesús María en Ica. Y mientras estaba en el tormento no cesaba de orar hasta el éxtasis. Y después aún continuaba su oración para que el cuerpo extenuado no se doblara sobre el durísimo lecho. Sobre su alimento —frugalísimo y mal cocido— regaba polvos de ruibarbo, para quitarle todo gusto y halago al paladar. Carne de suplicio la suya, nunca la abandonaban los cilicios. Y cuando después de muerto fueron a amortajarlo, encontraron los dolorosos instrumentos que aún ceñían su ya exánime cuerpo de disciplinante.

Su mansedumbre.

Y este hombre que trataba a su cuerpo como a un animal dañino, infligiéndole con saña los más duros castigos; este hombre todo violencia y todo crueldad para consigo mismo, era para con los demás de una benevolencia y humildad encantadoras. A los más grandes pecadores que acudían a él en confesión trataba con tanta suavidad y mansedumbre, que causaba su admiración. Su humildad era tan grande que siempre en sus cartas se pintaba con los más crueles epítetos. Al Arzobispo de Lima, escribía: "Muy malo es Señor Iltmo. engreír a los miserables como yo". Y en otra carta al mismo prelado se califica de "indigno sacerdote", y dice que es "un defectuoso, un relajado, un ignorante". Así era de humilde aquel hombre ilustre, doctor en historia, en filosofía, en teología y en derecho, a quien el obispo de León hizo su secretario y examinador sinodal de la diócesis, el arzobispo de Guatemala su teólogo consultor, y el de Lima, visitador de los conventos regulares. Estos cargos y honores no alteraban la humildad franciscana del Padre Rojas. A Morazán, que lo expulsa de la patria le escribe y le pide perdón por las faltas que no ha cometido.

Su humildad y sencillez lo llevaban a amar a los sencillos y a los humildes. Los niños, sobre todo, eran objeto especial de su predilección. Jugaba con ellos haciéndolos dar vueltas en torno suyo. A los más pequeños los tomaba en brazos, y siempre encontraba entre las mangas de su sayal algún dulce o estampita con que obsequiar a todos. Sólo a ellos consentía que le besaran las manos. A los niños pobres les regalaba siempre con vestidos que hacía coser en su convento, ayudando él mismo en persona en esta tarea.

Cuentan sus biógrafos que su confesor Fray Juan Barroeta aseguraba que Fray Ramón no tuvo nunca más de qué acusarse que de su mucho amor a los niños. Y en esto no hacía sino seguir el ejemplo del Maestro.

El Misionero.

Después de su profesión en el Colegio de Cristo Crucificado, Fray Ramón fue destinado a las misiones a lo largo de la cordillera de Talamanca. (1) Nueve años permaneció entre las bárbaras tribus de las montañas centroamericanas catequizando a los indios.

Lo mismo que Fray Antonio Margil de Jesús, Fray Ramón Roxas de Jesús María no conoce otro medio de transporte que sus propios pies. Pies deshechos por las piedras del camino y por los clavos penitenciales, pero a lo que el Espíritu Santo parece prestar sus alas místicas. Así va por los caminos escarpados de las sierras

(1) Hoy territorio de Costa Rica.

con su séquito de devotos entonando cánticos religiosos y rezando el santo rosario. Su voz dulce y persuasiva llena de música celeste los ámbitos salvajes y se adentra en los abismos del corazón de aquellos indígenas, iluminándolos con la gracia divina. Para hacerse entender mejor ha aprendido las lenguas de esas tribus. Los bíbris y tírbis escuchan embobados en su oscuro dialecto bárbaro las palabras luminosas que hablan de un Dios bueno que no exige víctimas ni sacrificios, sino que se inmola a sí mismo como la única víctima propicia. Y sus mentes intuyen, más que comprenden, la verdad.

Fray Ramón les habla de la Virgen india que allá en el Tepeyac se apareció al indio Juan Diego pintándose en su tilma; y les muestra su imagen milagrosa. Los indios saben ya que la Madre de Dios es morena como ellos, y que el Dios de los blancos es también el Dios de los indios. Y a la hora del bautismo todas las indias llevarán el nombre de Guadalupe, y los indios se llamarán Ramón, en honor del santo de su nombre.

Durante seis años misionó entre los indios de Matagalpa, ejerciendo el cargo de Prefecto Apostólico, Presidente y Vicecomisario de las misiones.

El fundador y constructor.

Pero Fray Ramón no sólo fue misionero. En una época en que ya no había conquistadores, el misionero tuvo que ser conquistador. Conquistar es civilizar. Y el misionero necesita del conquistador, necesita de la obra civil del conquistador. Y el conquistador necesita de la obra religiosa del misionero. Civilizar viene de *civitas*, ciudad. Civilizar es poblar, hacer pueblos, hacer ciudades. La obra misionera y conquistadora de España se realizaba toda alrededor de los pueblos, de las ciudades. Los conquistadores fundaban la ciudad, y los misioneros procuraban atraer a los indios a la ciudad. La ciudad era necesaria para el culto y la cultura. En la ciudad estaba la iglesia y estaba la escuela. Cuando el indio abandonaba la ciudad volvía a la barbarie y al paganismo. Para su obra religiosa el misionero necesitaba de la ciudad fundada y defendida por el conquistador. Por eso Fray Ramón Roxas de Jesús María, en una época en que no había ya conquistadores, necesitó hacer de conquistador, es decir, de fundador de ciudades, de poblador. En Matagalpa fundó el pueblo de San Ramón, hoy floreciente. En Chinandega, el de Guadalupe o "Pueblecito", cerca de Chichigalpa, del que sólo quedan las ruinas de su iglesia. Y en el lago de Nicaragua el de Refugio, en una isla del archipiélago de Solentiname.

El Padre Rojas era un fundador y constructor infatigable. En 1817 funda en León, con el obispo García Jerez, el Colegio Franciscano de Propaganda Fide, llamado de San Juan Bautista, siendo su Superior por cuatro años. Allí mismo en León emprende más tarde la reedificación de las ermitas de San José y Dolores. El mismo en persona acarrea los materiales y trabaja en las más duras faenas. Es un obrero alegre este teólogo albañil que hace de todo en la obra de Dios, desde convertir infieles en las montañas y asesorar prelados en los palacios episcopales hasta batir la mezcla y cargar las piedras que han de servir para levantar la casa del Señor. Y a todos contagia de su entusiasmo y alegría, y los hará entonar los cantos que él mismo ha compuesto:

"Al trabajo, al trabajo, cristianos venid".

O también su himno a la Virgen del Tepeyac:

"Oh Virgen de Guadalupe,
Vos sois nuestro honor y gloria,
En vuestra imagen divina
y aparición milagrosa",

aparecisteis más bella
que el sol, la luna y las estrellas,
y disteis la señal cierta
a Juan Diego en unas rosas.

El Padre Roxas era músico, poeta y escritor.

En el Perú se conservan varias copias al óleo de la imagen de Guadalupe, obra de sus pinceles. Escribió la "Vida de San Francisco Solano", de quien era gran devoto. También es autor de una novena al mismo santo y de otras novenas y oraciones piadosas. Como poeta, Fray Ramón Roxas de Jesús María, es de una sencillez primitiva. Su poesía es una poesía desnuda, desprovista de todo adorno y artificio, que trasciende a Marqués de Santillana y a Juan Ruiz, el Arcipreste. Sus versos son limpios, claros, ascéticos. No busca autoridades y huye de consonancias empalagosas.

Su producción es muy limitada. Publicó, mejorándola, la traducción del salmo Miserere, hecha por Olavide; y unos versos suyos al Santísimo Sacramento. Estos versos nos revelan, sin embargo, a un poeta hondo de gran emotividad.

"Seguí los caminos de la iniquidad y hallé sólo espinas, no prosperidad".	"Tu amor me ha tocado. Busco tu amistad. No quiero perderme, no quiero pecar,
--	--

y pues en tí confío tu gracia me da para que tu auxilio me pueda sanar Tu sangre ha sellado el libro eternal	adonde está escrita la suma verdad. Yo confío que ella no puede faltar y todos mis males los ha de sanar".
--	---

En su himno a la Virgen de Guadalupe encontramos estrofas rotundas como ésta:

"Escogednos ya por vuestros,
que os damos el alma toda;
nuestro corazón es vuestro,
la vida y todas las cosas".

En un solo verso sencillo y claro lo ha dicho todo, lo ha entregado todo:

"la vida y todas las cosas".

En un sólo verso ha encerrado todo un poema. ¿Qué más puede pedirle a un poeta?

Polemista y escritor.

Como polemista en 1822 se enfrenta en El Salvador al Padre Matías Delgado, que se había proclamado obispo por un decreto del Congreso Constituyente. El Padre Rojas sale en defensa de los derechos del Pontificado, arguye y demuestra al gobierno salvadoreño lo absurdo de su intromisión en el campo exclusivo de la Iglesia, y como resultado de su combatividad va a parar a un inmundito calabozo, donde permanece sesenta días, salvándose gracias a la enérgica actitud de los conservadores o "serviles".

En Nicaragua tenía el Padre Rojas algunos familiares que, procedentes de Guatemala, se habían instalado en Nueva Segovia y más tarde en León. La familia Rojas subsiste en Nicaragua. Uno de sus descendientes, Don José María Tijerino Rojas, me ha mostrado un incunable del siglo XVIII, obsequio que hiciera Fray Ramón a su bisabuelo Don Leandro Rojas después de unos ejercicios espirituales que diera aquel en la Recolectión. Don Leandro Rojas, escribano de la Curia de León, era primo del Padre Rojas, quien lo distinguía con su afecto. En la familia Rojas se ha conocido tradicionalmente este libro como "el libro del Padre Rojas", y se titula: "Ejercicios espirituales de las excelencias, provecho y necesidad de la oración mental, reducidos a doctrina y meditaciones sacadas de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia. Por el P. don Antonio de Molina, Monge de la Cartuja de Miraflores". El pie de imprenta dice: "En Madrid en la imprenta de la viuda é hijo de Otero. Año 1790".

Esta es quizá la única reliquia que del Padre Rojas se conserva en Nicaragua.

Taumaturgo.

Como Secretario del Obispo García Jerez, Fray Ramón Rojas de Jesús María acompañó a este ilustre prelado en toda su activa vida política durante los años de 1823 a 1825. Cuando en el alzamiento de Cleto Ordóñez la anarquía y la lucha fratricida asolaron Nicaragua, el Padre Rojas estuvo en medio del fragor de los combates haciendo de médico y de confesor, de cura de almas y de cuerpos. De entonces datan las primeras noticias sobre su don de hacer milagros. Entre los soldados heridos obra verdaderos prodigios sanando a muchos ya desahuciados por los médicos, y devolviendo a otros la vida, como sucedió con un aguerrido militar, famoso por su valor, y a quien llamaban Agustín Primero, hecho narrado más tarde a muchas personas por el propio jefe del ejército coronel don Juan José Salas. Agustín Primero había sido declarado muerto por los médicos del ejército, pero Fray Ramón pidió su cuerpo, creyendo todos que era para darle cristiana sepultura. Mas, ante el asombro de la tropa, lo hizo conducir a su celda, de donde salió bueno y salvo y después de haberlo confesado el Padre Rojas.

Perseguido y expulsado.

En 1825 habían triunfado completamente en Centro América los revolucionarios contra los tradicionalistas encabezados por el clero, que se habían opuesto a la independencia y que trataron más tarde, con el Imperio de Iturbide, de salvar la unidad de una patria grande y respetable. Sin embargo, aún resiste el clero realista y se niega a jurar la Constitución del 24. En Guatemala adopta esta actitud rebelde el Arzobispo Casaus y Torres, provocando un serio incidente al levantarse el pueblo en favor de su Arzobispo y de los frailes realistas del Colegio de Cristo Crucificado. En Nicaragua el Obispo García Jerez adopta la misma resolución, y toca a Fray Ramón Roxas de Jesús María, como Presidente del Colegio de Misioneros de San Juan Bautista de León (Recolección) negarse a jurar dicha Constitución federal. La persecución se desata contra él, y el gobierno decide expulsarlo de Nicaragua. El 10 de febrero de 1825 escribe a Fray Julián Hurtado: "Es la una de la noche; en este momento me han venido a sacar vía recta para el Río San Juan a embarcarme en un buque inglés". Sus letras hablan de que su deseo es ir a Roma, pero ya puesto en San Juan, por gestiones de sus amigos seguramente, el gobierno lo devuelve a León. Sin embargo la expulsión no deja de llevarse a efecto y en diciembre de 1826 se halla en Tegucigalpa. Esta vez Fray Ramón quiere expatriarse voluntariamente y solicita dirigirse a Europa por el puerto de Trujillo. Pero ya en dicho puerto sus habitantes no quieren dejarlo partir. Hay allí mu-

chos indios que convertir y el misionero no puede abandonarlos. "Gusto le diera ver cómo me obedecen y obsequian" —escribe—. "Se llaman ya todos Guadalupe, cambiando en este hermoso genérico el feo de Carives". Se queda, pues, allí, pero entre tanto está "a la expectativa de las convulsiones de esta moribunda república".

El sabe que ha llegado la hora negra para anticonquistadores, que no dejarán al misionero conquistador seguir su obra civilizadora, seguir fundando escuelas y ciudades, seguir conquistando indios para la Civilización y para Dios.

En Trujillo lo encuentra la persecución religiosa de Morazán. Los bienes del clero han sido confiscados, han sido saqueadas las iglesias, expulsado el Arzobispo, abolidas las órdenes religiosas. El caciquismo y la barbarie han vuelto de nuevo, después de tres siglos. Ha resucitado el odio tribal y de nuevo los pueblos se lanzan a la matanza.

El Padre Rojas es apresado en Trujillo. No le dejan llevar consigo más que una imagen de la Virgen de Guadalupe y una cesta con su breviario, un cáliz y una pequeña estatua del Niño Jesús. Es trasladado a Sonsonate, después a Acajutla y luego a La Unión, donde lo embarcan en la fragata "María Isabel" rumbo al Perú.

Desde Acajutla escribe a su verdugo y perseguidor:

"Ciudadano Presidente Francisco Morazán.—Acajutla, abril 10 de 1834.—En usted que hace cabeza me despido de toda mi amada patria, Centro América: el 15 del corriente será (si Dios lo permite) mi embarque en la fragata "Isabel", que por orden del Gobierno me lleva a poner fuera muy lejos de mi patria. Me voy con el consuelo que me da mi conciencia, patria mía, de no haberte ofendido, ni agraviado a mis hermanos los miembros que la constituyen... Mas como es posible y muy fácil que el amor me ciegue... y los hombres se equivoquen... computando por delitos hasta los más importantes servicios... yo pido por eso perdón a mi amada patria... me ofrezco sinceramente a agotar mis fuerzas en serviros... ante la Suprema Cabeza de la Santa Iglesia el Romano Pontífice. Adiós, patria mía... adiós ciudadano Presidente. Adiós les dice su compatriota desterrado.—Fray José Ramón Rojas de Jesús María".

Con esta carta humildísima se despide de su patria el Padre Rojas. Pide perdón a su patria, él que fuera fundador de ciudades y de escuelas, Adelantado de la Civilización y de la Cultura en las entradas de Centro América, y acre-

edor por ello al honor y al respeto de esa misma patria. Y lo pide al caudillo que lo destierra, al revolucionario que ha surgido para destruir su obra civilizadora de misionero y conquistador.

Así salía desterrado de su patria, el 15 de abril de 1834, Fray Ramón Roxas de Jesús María, sabio ilustre, teólogo y mentor de preladados, asceta y taumaturgo, misionero y civilizador de los indios centroamericanos, por obra y gracia de la bárbarica tiranía jacobina.

Su obra en el Perú.

En el Perú continuó el Padre Rojas su obra apostólica de misionero y de civilizador. Pronto se capta el aprecio y simpatía del Arzobispo de Lima, que admira en él al sabio y al santo, y le nombra Visitador de los Conventos Regulares.

En el Callao funda con el lego chileno José Manuel Prieto la iglesia y hospital de Guadalupe. En Lima construye la capillita de San Andrés adjunta al hospital del mismo nombre. En Ica, la Casa de Ejercicios de la Sagrada Familia, cuyo reglamento redacta a petición del Arzobispo, y además el cementerio de Lúren. En todos los pueblos de los alrededores de Ica deja Fray Ramón su huella de constructor infatigable en forma de iglesias, capillas y camposantos. Construye templos en Saraja y Cachiche, y al primero le cambia el nombre por el de San Joaquín. Al pueblo de Guadalupe le da este nombre después de construirle una iglesia y un cementerio. En Pueblo Nuevo construye otra iglesia, la de San Antonio, y en los Molinos un cementerio. En Pisco funda el hospital de Nuestra Señora de Guadalupe.

Es verdaderamente portentosa la obra llevada a cabo por aquel fraile humilde que sin recursos económicos, con sólo su fe, levantaba por todas partes iglesias y cementerios, capillas y hospitales, como si brotaran de la tierra al conjuro maravilloso de su palabra o de su mano.

En todas partes corre la fama de sus virtudes y de sus dones extraordinarios. Todos los pueblos se disputan el honor de tenerlo entre ellos. Los franciscanos de Ocopa le piden al Arzobispo les envíe como prelado al Padre Rojas. El dictador Salaverry le ofrece la mitra de Maynas.

Es en el Perú donde Fray Roxas de Jesús María alcanza el apogeo de su santidad y de su taumaturgia. Los pueblos de la provincia de Ica vieron incontables prodigios de Fray Ramón.

Poseía el don de profecía, del que ya había dado muestras en Centro América. A don Evaristo Rivas Zelaya, en Nacaome, Honduras, siendo un niño de ocho años que ayudaba al Padre Rojas en sus caridades llevándole las alforjas, le vaticinó una gran longevidad, vaticinio que se cumplió fielmente, pues el señor Rivas murió nonagenario. A una monja del convento de Santa Teresa, en Guatemala, dijo que en menos de dos años no conocería la tierra por las mudanzas y trabajos que sobrevendrían. Y como lo dijo le sucedió, dando ella más tarde testimonio de todo. En el Perú es fama que al dictador Salaverry vaticinó su derrota y muerte si avanzaba hacia el Sur, en vez de esperar al enemigo. Y la profecía se cumplió, pues Salaverry, desoyendo el consejo del Padre Rojas, fue hacia el Sur en busca del enemigo y encontró la derrota y la muerte. Pero en donde más claramente se manifestaba este don de profecía del Padre Rojas era en los niños. Es muy conocida la profecía que hizo en Ica a la señora Isidora Mejía de Fernandini. Esta señora acababa de ser madre de dos gemelos, y llegó a conocerlos el Padre Rojas, quien después de acariciarlos dijo a la madre: "No te aflijas, hija; partirás con la gloria: uno para tí y otro para el cielo". Protestó la madre, y Fray Ramón insistió: "El más grande y fuerte es el que va a morir, y éste que llamas el gatito feo y raquítico, no sólo vivirá sino que será feliz, tendrán mucha fortuna él, sus hijos y sus nietos". La profecía se cumplió al pie de la letra. El niño sano y rollizo murió al poco tiempo, y el otro, llegó a ser un rico propietario y sus descendientes son archimillonarios.

Incontables son las anécdotas de hechos milagrosos que se refieren al Padre Rojas. El más notable de estos hechos es, sin duda alguna, el del Pocito, que ha dado lugar a la veneración del lugar donde la historia dice que las manos taumaturgicas de Fray Ramón obraron el milagro de hacer brotar agua del desierto. Este lugar se encuentra en la milla 18 del camino entre Pisco e Ica, en la llamada "Pampa de Villacuri", que es una llanura desértica de más de setenta kilómetros. En tiempos de Fray Ramón había que cruzar este desierto a caballo o a pie. Los interminables arenales hacían la marcha fatigosa y pesada. Bajo los rayos del sol el viajero se derretía de cansancio y de sed, sin que apareciera en el horizonte por muchas millas una fuente para saciar la sed ni un árbol que brindara su sombra al caminante. Muchas veces atravesó el Padre Rojas —siempre a pie— la Pampa de Villacuri, con su séquito de devotos. En uno de estos viajes la provisión de agua que llevaban se había agotado y estaban todos a punto de perecer de sed. Fray Ramón los invitó a cantar y rezar el rosario, lo que era para ellos casi imposible dada la terrible sequedad de sus gargantas. El Padre Rojas se arrodilló